

Reflejos

*Grupo Literario Encuentros
Tres Cantos (Madrid)*

Copyright: Los autores
Maquetación:
Coordinación de Textos: Elena Espiña
Portada:
Depósito Legal:
Impresión:

*Dedicado a Alejandro Casanova,
que siempre estará entre nosotros.*

Prólogo

Este nuevo libro, que nace de la pluralidad de estilos que conforma el Grupo Literario *Encuentros*, viene más bien impulsado por la vocación y el brío que nos mueve, y no tanto por la profesionalidad; somos un poco románticos, algo así como diría el poeta “el golpe terrible de un corazón no resuelto”. Es por eso que en estos *Reflejos* queremos hacer emerger los volcanes interiores que afloran en nuestro sentir literario.

Dedicado a la memoria de Alejandro Casanova, caro compañero recientemente fallecido a quien entrañablemente llamaban “pequeño”, esperamos de la benevolencia del lector para entender la sencillez y el candor puestos en este libro (¿de nuestras palabras?).

Poemas

JOSÉ ACEITUNO

Del bosque

Del bosque, niña, yo te traigo
la quietud sentida y el silencio largo.
De sus entrañas mismas
la sombra fresca del arroyo limpio,
el musgo nuevo de la senda antigua,
el olor a boj de los troncos rotos,
el perfume dulce de la savia nueva.

Por la mañana, niña, las hayas sueñan
con ser tu cabello sobre la almohada.
Entre sus hojas doradas un herrerillo salta
como mi mirada sobre tu ventana.

Es mediodía cuando el sol se para.
Desde lo alto como por encanto
los rayos se funden en verde soflama,
todo es destello en el agua clara.
Sol, no me ciegues aún que no he visto nada.

Al atardecer el viento sopla,
crujen las ramas a su pasar,
bajo los árboles es solo brisa,
que arrulla los helechos,
mece los troncos,
y agitando las hojas se hace melodía.

Mis pasos son cortos, casi de puntillas,
no quiero asustar al bosque,
no quiero que el bosque calle.
Abedules, hayas y serbales
cantadle una nana al viento para que no pare.

Ya todo está en calma.
La bruma blanca
arropa al arroyo en esta tarde fría,
pero por milagro bajo las hayas
una nueva luz renace entre sus ramas,
la niebla se extiende adormecida,
pero estos colores son un canto de alegría.

En el otoño, a la luz el bosque viste
de vivos colores, para no estar triste.
El bosque se duerme, niña,
y necesita que tú lo mires.

El sol se esconde, cae la noche.
Dos ojos observan en la encrucijada,
un aullido sale por entre las ramas.
No temas, mi niña,
que el autillo canta a su luna hermana.

Entre la niebla

La nieve suave, blanda, recién caída, hace el andar calmoso. La niebla espesa el aire y hace el horizonte íntimo. De la cumbre baja una brisa que atraviesa las finas acículas de los pinos produciendo un ruido suave y regular, como una canción de cuna que todo lo envuelve. Allá arriba se adivina el sol protector. A veces se abre paso entre la niebla y una luz blanquecina, cegadora, envuelve cálidamente los árboles y los libera lentamente de su pesado manto blanco. Otras veces, como si de un espejismo se tratase, surgen, más allá del horizonte invisible, las cumbres nevadas de las montañas lejanas, flotando en un mar de niebla y contra el fondo de un irreal cielo azul.

En la cumbre el viento arrecia. La ventisca ha ido formando en cada ramita de enebro una banderola blanca, dejando las matas cuajadas de pequeñas veletas ahora inmóviles. Al llegar al pico, una cruz de hierro sobresale por encima de los cristales de hielo, pegados a la dura roca de granito como hongos transparentes. Unos pocos pinos retorcidos, atormentados por su destino, se pegan a la ladera ateridos de frío.

Hay algo de inquietante en estas cumbres desoladas, en el paisaje borrado por la niebla total, en estos pocos árboles retorcidos y desnutridos que, cual anacoretas, parecen implorar en un desierto helado. Pero esta soledad también hipnotiza y la mística que hay en este pequeño cosmos me embruja. Allí, en la misma cumbre, luchando entre las prisas por huir del viento helado y el deseo de no perder aquella belleza quise atrapar ese momento en mi memoria con esta coplilla:

Blanca montaña, yo te quiero blanca,
con la blanca niebla sobre tu rostro helado,
con el hielo blanco en la roca dura,
con la nieve blanca,
con el viento fuerte, aunque sea frío,
con el sol alegre, con su luz blanca.
Blanca montaña, yo te quiero blanca,
aunque me muera de frío.

MARINA BARRIO

Oda para Alfonsina en Mar del Plata

Tú, que allí sentías
las olas romperse;
Soñabas con barcos de vapor que huían;
Entre espumas blancas
con azul celeste,
hasta el horizonte tus ojos seguían.
Mirabas el cielo
buscando una estrella,
irónicamente siempre sonreías.
En tu mente anidan
aves que se agitan,
murmullo de gentes,
versos, luces, brumas.
Sabías que pronto el mar te tendría,
durmiendo en sus olas,
soñando en su arena,
buscando en tu cuerpo
misterios ocultos,
muñeca de trapo,
del agua serías.
Ya llegó el momento
que pensaste un día:
Deja tus zapatos
descalza camina,
el mar te reclama.
¡Descansa Alfonsina!

Infancia (A Antonio Machado)

Inocencia. Son recuerdos
quizás lejanos y oscuros
que de infantil ignorancia
por mi mente en la distancia
como ráfagas de viento,
pasan rozando a mi encuentro:
Gris oscuro en las ventanas
de mis tardes invernales
largas noches, tempestades,
amaneceres de escarcha
a través de los cristales.
Dentro el calor de la hoguera,
el olor de la madera
y los pasos maternos
...Siempre suaves, musicales.
Suenan lejos las campanas,
Yo escucho el repiqueteo
de la lluvia en las ventanas.
Y en mi estancia iluminada
por una luz invernal,
sueño y medito impaciente:
Mi futuro: ¿cuál será?

Amor de madre (A mi hija)

Hay cariño y bondad en sus ojos
que en los míos se quieren mirar,
hay ternura y sonrisa en sus labios
que a los míos se acercan sin más.
Y me quiere, me mimas, me ama,
como nadie lo ha hecho jamás.
Acaricio sus manos pequeñas
un momento de amor sin igual,
Ella mira, y en esa mirada
yo me quiero perder sin piedad,
Ella ríe, y en esa sonrisa,
Madre mía: ¡Te vuelvo a encontrar!

Trigal con cuervos, De Van Gogh

Grandes nubarrones
que amenazan lluvia.
La vereda verde.
Campos amarillos
que mueve la brisa.
Los cuervos se alejan,
huyen, vuelven, giran,
vuelan como locos
buscan su guarida.
Detrás de esas nubes
tan negras y frías,
todo estará en calma,
y habrá un nuevo día.

Camino a Valdimbra

Cruzo aquél regato,
subo aquél sendero
- vueltas y más vueltas-
Tranquilo universo
de sueños cubierto.
Me invade la calma.
Suenan los cencerros,
las vacas caminan.
Grandes ojos tristes.
Me miran tranquilas.
Saben su camino
con mi compañía.
Las hojas de Otoño
a mi paso giran,
brincan saltamontes
corren lagartijas.
La tarde de sombras
cubre la colina.
-Vueltas y más vueltas-
Las vacas caminan.

QUITERIO CABALLERO ÁLVAREZ

Mi último poema

Así dijo Abu Muhammad Alí Ibn Hazm, llamado Al Andalusí, el día que lloró amargamente recordando a la mujer que vino del norte: así escribió:

Hasta aquí mi último poema,
hasta aquí mi última sangre,
la que derramó mi pluma
en la batalla diaria de pensarte;

hasta aquí tu nombre
que le decía a mi pensamiento
de jilgueros y hierbabuena
en el confuso laberinto de mi corazón.

Miguel Hernández, yo te la encomiendo,
acógela en tu patria estelar,
requiére-la de tu almendro de nata y
por los altos andamios de las flores.

Hasta aquí mi último poema, mujer,
para que seas libre, libre de mí,
libre de mi palabra contumaz,
para que yo sea libre de ti
de tu sonrisa carcelaria.

Mujer del norte,
yo que siempre ando buscando
el imposible atajo de olvidarte;
hasta aquí, digo,
hasta aquí mi último poema.

Niño guerrillero

Él conocía el delirio del valle,
cuando la primavera explota
en vítores de colores emergentes,
y siembra el paisaje de luz, vida y dulce
melancolía;

Él conocía bien los sonidos del monte,
el aleteo del río
con su cantinela monocorde
amamantando de agua
al ruiseñor y a los árboles;

Él conocía bien el estallido
del sol rubicundo, que
ebrio de luz se desperezaba
todas las mañanas
para ofrecerle el alba;

En sus ojos, el único horizonte
eran sus sueños; él era libre,
hermano del viento y del pájaro,
de la luna, de la brisa placentera,
hermano e hijo de la inocencia;

Pero un día llegaron los “hombres-patria”,
le dieron un fusil y le
enseñaron nuevos vocablos,
nuevos verbos antes ignorados:
enemigo, matar, odio, venganza,

Su gramática, antes elemental,
se llenó del abundante vocabulario
de la muerte: bala, bayoneta,
disparo, traición, sangre;

antes sólo conocía un lema:
“Madre, padre, hermano, canción, amor”;

Ahora ya sabe decir:
¡Sí mi general! ¡capitán! ¡coronel!
¡a la orden! ¡hasta la muerte!
¡exterminadlos! ¡fuego, fuego a
discreción!

¡Cuánta sabiduría emana
del fusil,
dijo el general susurrando!
El tintineo del río,
el murmullo del atardecer,
la placidez de la sierra,
se cambió por el vocerío
de los generales borrachos,
ebrios de gloria;
ya no sueña con la muchacha
de ojos verdes de la aldea;
su sonrisa, antes abierta de par en par,
pulcra, tímida, y sencilla,
se ha vuelto un amargor de
alacranes que le muerden la sangre;

Marco, amigo mío,
Marco, hijo mío,
¿Qué te hicieron los generales?
¿Dónde quedo tu corazón
de hierbabuena y paloma?,...
Marco, hijo mío,
¿Cómo llegaste hasta
esta tierra de la muerte?.
¿Quién te engaño, Marco,
dímelo,
hermano mío?.

XOSE LUIS DO FERREIRO

Canción para Nadine

Como una brizna,
con la mañana llorando
sobre su pelo,
Nadine bajaba
entre los libros:
Libros con sonetos
de Neruda
y veinte poemas de Amor,
un pétalo de rosa
dormido
entre dos versos de Bécquer
y las primeras golondrinas.

Nadine brillaba en el
silencio,
como los Abedules de niebla
en el mes de Mayo.
Bajaba entre la cornisa
del olvido,
de cuando tienes todos los días
para el comienzo,
y el corazón hirviente de futuro.

Todo era cierto
a su alrededor.
Todo era preciso, certero;
había hilos de seda
abrazando tulipanes de azúcar,
caracoles silenciosos, corales de alabastro
y una medusa de nieve enamorada.

Nadine bajaba,
cuando la calle apenas florecía.
Los adoquines prisioneros
aspiraban sus pasos para la vida,
eran de piedra azul;
como las sirenas de Ulises,
perseguían atrapar su alma
para alcanzar la eternidad.

La ciudad era para la vida

Para la vida;
busco para la vida
la realidad de ayer,
una razón de ser,
un punto de partida.

Sobre la calle
mentiras transparentes,
almas de arena muerta,
la mirada desierta,
el miedo entre los dientes.

Para la vida;
almendros, ruiseñores,
navegan el espacio
y la lluvia, que despacio,
despierta los olores.

Sobre las calles,
mil ojos que disparan
soledad aplastante,
la muerte en un instante,
los cielos no te amparan.

Para la vida;
la suave geometría
de las almas que crecen,
que nacen o perecen
en una sinfonía.

Para la vida;
mi casa, mi ciudad,
eran para la vida.

Sentado sobre el viento (Alzheimer)

Sentado sobre el viento,
como una colina de vacío
latiendo ante mis ojos,
siento la vida.

Algunas veces,
sobre la niebla florecen
dos palabras sin fruto,
dos palabras con sabor
a la miel de tu mirada
ya perdida.

Sentado sobre el viento,
atrapando los recuerdos fríos,
que se pierden entre los dedos
como arena de luz.
Rebuscando los jirones de mi historia,
los libros de códigos invisibles
con los que conquisté
el silencio de mi niñez.

Una lluvia helada
de nombres inútiles,

de bocas apagadas
como volcanes invertidos,
que me arrastra a la indiferencia,
me sumerge cada amanecer.

Sentado sobre el viento
miro mis manos ajenas,
mis pies de otro
caminando a un quimérico retorno.
Miro mis llaves inservibles
que golpean sueños cerrados,
ventanas a la noche ambigua.

En este naufragio impredecible:
tu caricia de azul,
amante y verdadera;
tu sonrisa tenaz
a pesar de las olas;
ese beso de seda
y agua dulce,
cálido como el vino rosado;
tu carne en salsa con setas
o el pastel de cabracho,
que no olvido:
son el ancla febril
que me mantiene,
aunque siga
sentado sobre el viento.

EDUARDO FERNÁNDEZ FOURNIER

Enemigo (De: Sonetos neuróticos-5)

Cerrado está, el arcón dónde guarda sus tesoros.
Ha quedado, en el fondo, su tesoro maldito.
Ha visto aquellos ojos que miran de hito en hito;
algo como serpiente se mueve entre sus oros.

En el arcón, aguarda, con gestos insonoros,
hasta el día en que ataque, sin gruñido, sin grito.
Le acecha y le amenaza desde que era mocito;
desde antes, cuando niño, junto a risas y lloros.

Quizás, si abandonara el arcón en los escombros...
En el suelo, su hijo prepara, absortamente,
sus canicas. Se para a mirar sobre sus hombros.

Para ver cómo juega, se pone sus anteojos.
Hay, entre las canicas, algo como serpiente.
Están mirando, al hijo, de hito en hito, unos ojos...

En la isla de Ea (De: Sonetos neuróticos- 6)

Ciérrate en torno a mí como un remanso.
Vengo de las tormentas, casi muerto.
Un día, vi, por fin, luces del puerto,
dónde tú me esperabas. Ya descanso.

El mar me ha hecho cansado, mas no manso.
No sé lo que buscaba, en mar abierto.
Amánsame. Verás que no me canso
de dormir en tu sueño, y no despierto.

Remánsame en tu amor. Dejo mi frente
a la tibia caricia de tu risa.
Sean proa y timón sólo un recuerdo.

(Sintió un beso como un beso candente,
aquel triste marino sin sonrisa,
cuando Circe lo convirtió en un cerdo.)
(Empezado hacia 1960.
Terminado en 1997.)

Alea jacta est (De: Sonetos neuróticos- 7)

¿La vida es somnolencia, y, peor, aburrimiento?
¿Parece que, años y años, se esconde y nos esquivo?
Un día, nos dio todo, la vida, en un momento,
y era hermosa, la vida, grandiosa y expresiva.

Si hoy, la vida parece estar más muerta que viva,
hay más cosas que cosas que trajo y llevó, el viento.
Fondeado en la mar, en un traje de cemento,
ha quedado un ser vivo, y hoy, vas a la deriva.

Hay la huella de un himno, en el silencio oscuro;
y en altamar, a veces, suben como burbujas,
de un naufragio o de un crimen, desde el fondo inseguro.

Siento, a veces, en noches de imposible dormir,
que estoy como embrujado, sin creer en las brujas;
que, después de la muerte, lo más triste es vivir.

Enemigo íntimo (De: Sonetos neuróticos- 8)

Enemigo insaciable, nunca ahíto.
Ojos, llenos de brasa y de ceniza,
sin penacho de crin que el viento riza,
galopando en silencio, sin un grito.

Debelador de foso, llanto, rito,
ciega furia, sonámbula y maciza.
Puede aplastar, como si fuera tiza,
mi basalto, mi mármol, mi granito.

Está dentro de mí. Igual que todo
está dentro de mí, desde mi clara
tenue luz, al secreto más oscuro.

Quizás, se ha vuelto nada, en un recodo
de mis sueños, como una cosa rara.
O, quizás, va a atacar... No estoy seguro...

RODRIGO GARCÍA-QUISMONDO

Barbarina

Tan sólo una vez cogí tu mano
y aún su calidez me embarga.
Tan sólo una vez me diste un beso
y siento tu piel como en un sueño.
Tan sólo una vez asomaron tus lágrimas
al escuchar mis palabras

Si, tan solo una vez.
Pero tu imagen siempre me envuelve ;
en la niebla del bosque,
en el color del otoño,
en la soledad de la montaña...

Tu voz viene a mí cada mañana
y me habla de amores imposibles
mas, no quiero ser como Cyrano,
pues mi verso es para ti

Eres como “ la flor y el beso”
dulce , fuerte y apasionada.
Eres como una canción
melodiosa, armónica y bien cantada

Aún pareciendo una quimera,
seguiré buscando tu mirada furtiva,
tu cómplice sonrisa argentina y tú...
guardarás para ti este secreto
que tan sólo yo sé , mi amada

Si alguna vez escapo
de esta libertad enclaustrada que es la vida,
yo seguiré a tu lado
en el bosque , el otoño y la montaña

Recuérdame con una sonrisa....
a tu manera,
pues te seguiré amando....
¡¡ aunque no quieras !!

Galicia

Sombras y nieblas
claridades ciertas
vehemencias de misterio
misterios de sombras
nieblas transparentes
transparencias en la mente
locura aparente
mares de espuma
espuma de vides
vinos del cielo
recuerdos de marinero
brisas sobre el velero
olas que se desgarran
en un infierno certero
oteando desde el monte
se pierde en el horizonte
alborozo de las gentes
gaviota incongruente
todo niño sonriente
brujas de amanecer
hadas sin ejercer
esto es Galicia en parte
¿¿ misterio, morriña, arte... ??

LORENZO MARTÍN CANTERA

Abanico

Entre los pinceles,
Entre el amarillo, magenta y cian,
entre cartones y lápices
carboncillos y tizas,
embadurnando un papel,
inspiración delgada y rota.

Con olor a disolvente y madera,
perfilando un momento, una idea,
aparece tu nombre.
Tus ojos y los míos, se encuentran.
Entre los pinceles,
embadurnados de dudas sinceras
al elegir los colores y mezclas.

Fuente de agua fresca
Rayo de estrella que transporta tu risa,
primavera cautiva.

Y tus palabras, pentagrama
de dulce melodía,
espejo de mi sueño,
concierto de arpa y color.

Azul de París, tierra verde, carmín, lila,
Tus ojos, tu boca, tu piel, tu voz,
sensitivo arco iris.

Celos

Pájaro negro de suaves plumas
que aleteas sin descanso
por las frentes atrapadas, inseguras tristes,
aléjate de mi techo y de mi vera,
olvida mi nombre y mis ramas,
vete al invierno y la noche.
deja llegar al jubiloso jilguero,
que anide en mis campos,
que recoja mi siembra.
que se pose en mi fuente
que recorra mi aldea.
confiado y feliz,
que libere con sus trinos
seguridad y alegría,

Contigo

Como me amargan los besos
que no me has dado.
Como se alarga el tiempo
que no estoy contigo.
como resuenan las palabras
que no me has dicho.
No me olvides, amor,
que no estoy contigo,
que no te olvido.

Junto al precipicio

Equivocado camino
tortuosa senda
triste final espera
sin salida,
de inevitable retorno
por nuestras equivocadas huellas.
Paseo sin luz,
sin perspectiva ni brisa
creyendo que al final esta el sol,
encontraras la ciénaga,
el abismo, la soledad.
La insoportable soledad del frió,
del olvido, de los juguetes rotos.
¿Escoges la escalada
para mirar al suelo?
¿Para mirarte los pies rotos
o las congeladas manos?
¿Para encerrarte en un rizo
monótono y simple?
Despierta y vuelve a inventar,
sin recelos, sin mirar atrás.
Mira arriba a la cumbre,
donde queden las uñas al escalar.
Y cuando llegue la noche,
detente a soñar.
Róbale una caricia al aire,
imponte cruzar el cielo.
¿Podría el sol o la luna,
aisladamente significar algo?
¿Podría una sola estrella hacernos vibrar
y sentir la inmensidad?

Raíces

Desciendo del polvo del carbón y la siega,
de los amaneceres fríos y escasos
del trabajo seguido
del descanso tardío
de la hogaza y el chicharrón.

Padre, no me enseñaste a reír
ni a soñar, ni a elegir.
Tiempo de lluvia,
tiempo de espera, de sensatez y ruina.
Detrás de las montañas
encontraras el pan,
y el descanso en una nube.

En el camino esta el silencio,
el hambre en los bolsillos.
Harto de ganas,
con la piel curtida,
todavía queda en el aire,
el sudor del verano siguiente,
el olor de la trilla,
y la suavidad del grano
del trigo aventado.

DIEGO PEDROSA

Cerca de mí

Distancias malditas, caminos cercanos,
palabras ocultas, amores inciertos
eco sin retorno, oídos abiertos, sordos.
Quisiera tenerte aquí, cerca de mí
al lado de mí, esquina de mí.
No siento que te siento cerca
te oigo cerca, te veo a lo lejos.
Quisiera doblar el mapa y besarte
quitar con cubos el agua que nos separa
bajarme de la tierra y esperar tu paralelo
para subirme de nuevo.
Cuando llegue la noche me subiré
al carro de estrellas y me bajaré
en géminis a tu lado.

Busco

Hay momentos tristes en mi alma
silencios apagados oscuros
sueños sin retorno
muerte apagada en tumbas abiertas
Hay días en los que no me siento
noches que no vivo ni en sueños
Miro a las estrellas y se apagan
espero salir al sol, y muero en su intento
busco la luna, busco, busco...
Sé que mi vida es buscar
pero, primero quiero saber si vivo.

Dormir

Hoy no quiero ir a dormir,
me niego a soñar contigo
a llorar cuando amanece
a sentir la soledad de nuevo.

Me niego a dormir, como a soñar
tengo mi habitación sin ventanas
con visillos sin raíles
con cuadros sin pintura,
con marcos sin paredes lisas.

No, me niego a dormir,
hasta que me vengas a tapar,
si cae la noche en mí,
no despertaré,
me quedaré dentro del cuadro
hasta que lo pintes con tus labios.

Morir hasta mañana

No quiero volar en tus labios
quiero vivir tu boca.
No quiero besar tus muslos
quiero comerlos.
No quiero hacer el amor hoy
quiero morir en él.
No quiero decirte adiós
quiero ser tu dios.
Quiero amarte hasta el día final
no quiero morir hasta mañana.

Malos momentos

Mírame, ves como sufro sin ti
como los días son noches,
sin que existan las noches.

Mira, no sigas andando,
mírame, y verás mis ojos huecos
como el vacío de mi alma.

No quieres mirar, ya que morirás
por lo malos momentos que me distéis
por los sufrimientos de tus pensadillas.

Da igual, vete, no mires atrás
pero cuando llegues,
no me vuelvas a llamar,

Olvídate de que he existido,
yo seguiré aquí en el vacío.

Ausencia

Te siento tan lejana, tan ausente
que no te oigo respirar.

Tu ausencia es lejana a mi lado
tanto que me quitas la respiración.

Te miro, te despierto, muero
te escondes en las sábanas oscuras
de tu alma blanca,
y yo mientras intentando
inhalar mi respiración.

En el aire

Voy caminando sin destino fijo
de día me guía el latido del corazón
de noche el sueño del día siguiente.

Te busco por las esquinas
por los acantilados, en el aire
en la niebla, tormentas de luz
sin agua, sin rayos que tomar.

Seguiré buscándote hasta que
el camino se detenga, ya que
el latido seguirá por ti.

I

Hay de mi sangre perdida
de mis hueso rotos
de mi ojos sin vista
de mi pies sin dedos.

Hay de mi amor perdido
de mis ilusiones fatigadas.

Hay de mí, que será sin mí.

ANTONIO TENA

Serás hombre

Hace muchos años, cuando yo todavía era un Maestro que pensaba que iba a arreglar el mundo desde el Colegio Publico que dirigía en Monterrubio; cuando ya se respiraban ciertos aires de cambio, que se notaban hasta en la enseñanza, tan aherrojada y anodina tanto tiempo. Hace muchos años, digo, cuando la antigua asignatura Formación del Espíritu Nacional fue sustituida por otra de nombre más modesto (Formación Social), elegí un texto titulado SÍ. Era un buen libro, y en sus páginas incluía un poema de Rudyard Kipling. Era una traducción poco afortunada y sin aliento poético, pero que dejaba entrever, no obstante, la hondura de su mensaje. Con todo entusiasmo lo arreglé lo mejor que supe. Y desde entonces utilicé asiduamente esta nueva versión como herramienta didáctica en la asignatura de Lengua y Literatura que impartí y siempre, a cada promoción que dejaba la escuela, le daba como recuerdo este poema, con la misma dedicatoria .

Ahora lo traigo aquí porque creo merece estar en nuestro nuevo libro, y, ojalá pueda -¡quién sabe!- servir a otros con la misma eficacia con que me sirvió a mí.

Serás hombre

Si guardas en tu puesto la cabeza tranquila
cuando todo a tu lado sea cabeza perdida.
Si tienes en ti mismo una fe que te niegan
y no desprecias nunca las dudas que otros tengan.
Si esperas en tu sitio, sin fatiga en la espera;
si, engañado, no engañas; si no pagas con odio
el odio que te tengan.
Si eres bueno y no finges ser mejor de lo que eres;
si, al hablar, no exageras lo que sabes y quieres.

Si sueñas, y tus sueños no te hacen su esclavo;
si piensas, y rechazas lo que pensaste en vano.
Si consigues el triunfo o sufres la derrota
y muestras igual rostro al uno que a la otra.
Si soportas impávido que la verdad que hablaste
las bocas de la envidia en mentira la cambien.
Si vuelves al comienzo de la obra perdida,
aunque esta obra sea la de toda tu vida.
Si arriesgas en un golpe, y lleno de alegría,
tus ganancias de siempre a la suerte de un día...
y pierdes; y te lanzas de nuevo a la pelea
sin decir nada a nadie de lo que es y lo que era.
Si logras que los nervios y el corazón te asistan
aun después que tu cuerpo se caiga de fatiga,
y se afanen contigo cuando no queda nada
porque tú dices “¡quiero!”, y tu espíritu manda.
Si hablando con el pueblo añiñas la palabra
y cuando trates reyes conservas tu prestancia.
Si nada que te hiera llega a causarte herida.
Si todos te reclaman y nadie te precisa.
Si en sesenta segundos, en un minuto sólo
puedes limpiar tu mente del reproche o del odio...
tuya es la Tierra y tuyo tu albedrío.
Y lo que más importa: serás HOMBRE, hijo mío.

Rudyard Kipling (Versión de Antonio F. de Tena)

Buscad en este poema de Kipling lo que yo desearía que
consiguieseis en el largo camino de vuestra realización personal.
Leedlo de vez en cuando, y, al hacerlo, recordadme.

JUAN BAUTISTA VEGA CABELLO

Gloria a Cervantes, en el cuarto centenario de *El ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

En un lugar de la Mancha
como escribiera Cervantes,
del Quijote y Rocinante
y del asno, y Sancho Panza.
El hidalgo con su lanza,
con su escudero, y jumento
y un mendrugo por sustento
por caminos de amargura,
buscando mil aventuras
para enderezar entuertos.

Es el cuarto centenario
de aquesta Obra sin par
de un autor tan singular
que no admite comentario.
Ya, solo el vocabulario
nos desvela en su lectura
lo que es la lengua y cultura
que emplean sus personajes;
describiendo hechos, paisajes,
aunque locos sin locura.

Hoy, demos gloria a Cervantes
por la obra que escribió,
gran legado que dejó
al mundo y sus habitantes.
Don Quijote en Rocinante
ataco, loco y violento
a los molinos de viento,
al creer que eran gigantes,
aunque Sancho le dijo antes:

¡amo, no haga el intento!
No solo que fracaso
con las aspas del molino,
con su lanza en el mal tino,
del cual maltrecho quedó.
Rebaños de ovejas vio
que le parecían tropa,
y a Rocinante desboca
para enfrentarse al rebaño;
de nuevo, otro desengaño,
sufriendo la gran derrota.

Quiso armarse caballero,
el de la “triste figura”,
con su lanza y su armadura,
de rodilla, ante el Ventero.
¡Usted será valedero
a este Caballero Andante;
diga y publique al instante,
que fui Caballero Armado,
a que algún necesitado
presto iré con Rocinante!.

Dijo Don Quijote a Sancho:
juntos fuimos y vinimos;
juntos también peregrinos
en un caminar tan largo,
tan torcido, tan amargo;
te saque de tus casillas
pagando con mis costillas,
pues que a ti te mantearon,
tristes mis ojos lloraron
mientras, pené de rodillas.

Para hacerle gran favor

le ha nombrado en un gran área
en “La ínsula Barataria”
que sea Gobernador.
Pero le pide por Dios:
sea limpio y aseado,
la cara y dientes lavados,
cortas uñas, bien las manos,
que no os tomen por villano:
consejos de tu señor.

Don Quijote, enamorado,
nunca pareció celoso,
de Dulcinea del Toboso,
siempre estuvo muy honrado.
De su señora, encantado,
girándole en la memoria,
su hermoso pueblo en la historia,
hablando de Dulcinea,
de su magnífica Aldea,
que le ha dado tanta gloria.

Hoy, homenaje a Cervantes
por su aquesta genial obra,
puntal novela en la historia
nunca escrita, jamás antes.
Merece en estos instantes
su Gran Obra resaltar;
es “Don Quijote”, sin par,
con sus grandes personajes:
barbero,..., cura ..., equipajes,
imposible imitar.

Y aquel lugar de la Mancha
que recordar no quisiera,
tal vez Villanueva, fuera,
o Argamasilla de Alba.

O allí se rascó la barba
mojando pluma en tintero,
pensando en un “Caballero”,
con sus nobles fechorías,
de humor y caballerías.
Honor para el mundo entero.

Corazón

No te pares corazón amigo,
ahora que nos conocemos,
que quiero vivir contigo
hasta que ya nos cansemos.
Quiero pedirle perdón
a estas horas del vivir,
a tu tierno corazón,
por cuanto y tanto sufrir.
Te he sometido a presiones
intensas, de sufrimiento,
tal vez yo tuve razones
que me llevaran a hacerlo.
Yo sé que estás enojado
conmigo, porque te he pedido mucho,
te he apretado demasiado,
tu conoces lo que lucho.
En mi quehacer, nervioso
por naturaleza, dado,
pero persona social, piadoso
y amigo desenfadado.
Respóndeme, ¿estás cansado?,
tranquiliza el palpar,
se que estas muy trabajado,
vámonos a descansar.
Sin ti, corazón, soy nada;
imposible separarnos,

ay... desde aquella alborada,
siempre juntos, tantos años.

Auténtico compañero, fiel,
pienso mucho en tu partida,
por mi manera de ser;
trátame de comprender,
dame otra ración más de vida.
Ahora que nos entendemos,
no te vayas, corazón,
por la vida todavía caminemos
juntos, hermanos a un mismo son.
Si me engendraron contigo
en aquel mayo imborrable,
corazón, lo que te digo
es, si tu sino va conmigo,
benditos sean nuestros padres.

ANA VICIOSO RUIZ

La Tormenta de mis días

1. CAMINO DE IMPERFECCIÓN

Abandono, dejo caer el testigo
y me entrego a los turbios vencedores.
No tengo orgullo, ni credo ni fe.
Todo me importa nada.
He dejado de correr hacia la cumbre,
de marchar hacia delante
arrancándome la piel,
el alma, los huesos.
Ya no hay más dolor de palabras,
ni heridas, ni víctimas ni hielo.
En la cima de los necios,
el festín de los mediocres
se alimenta de la carne más sumisa.
Sólo bebe del caudal de los halagos,
se acrecienta con los yugos del espíritu.
¡Qué farsa tan preclara!
¡Qué pérdida asesina de hálito y de luz!
Los veo y finjo,
sólo finjo la falsa agonía.
Hablo, apenas murmuro,
pues miento impunemente:
“eppur, si muove!”,
¡sin embargo, se mueve!

2. ÓXIDO

El óxido de la soledad me corroe.
Mi cuerpo es herrumbre sólida, seca.
Vestido de óxido, engranajes oxidados.
Sola y oxidada, chatarra de vertedero.

Aquí, entre silencios de metales,
lata vacía, muda, inútil.
Aquí, lejos del tacto de los cuerpos,
ausente de voz y de caricias.
Mi reflejo de ocre fantasma
deslumbra mis propios ojos.
¡Qué soledad de chirriante llanto!
¡Qué soledad de crujiente queja!
¿Quién detendrá la cansada agonía
de mi urdimbre?
¿Quién limpiará el hollín destructor
de mi tiempo?
¿Quién besará las cerradas fronteras
de mi boca?
Aquí, estallando de soledad,
a punto de agrietarse la férrea sábana.
Porque me oxido, te llamo,
tiemblo, me destruyo.
Mírame,
rómpeme,
aquí:
sola y oxidada,
chatarra de vertedero.

3. LUCHO A BRAZO PARTIDO

Lucho a brazo partido
contra la prosa de la vida
en un combate sangriento, interminable,
que llena mi boca de sal y de impotencia.
¿Quién me desnudó del espíritu infinito
que sueña, piensa, escribe, añora?
¿Dónde la cima, el vuelo,
la inédita fragancia,
el imparable caudal?
No me rindo, ni me humillo

ni arrojé mis armas a los pies del vencedor.
A resguardo de las horas más grises
me defendiendo de la cínica rutina.
Doblego como cera los barrotes cotidianos
deteniendo a duras penas los envites del tedio.
Aunque sólo sea una tilde,
un punto y seguido,
la coma en la frase,
reclamo la victoria para mis manos ardientes
que no, nunca, por nada
abdicarán del cielo eterno
que la PALABRA me promete.

4. LA TORMENTA DE MIS DÍAS

Hastío del invierno.
Me miro en los cristales opacos de mi casa
a la hora en que grita el corazón.
Caos de la noche,
quizá mañana se licúen los huesos del futuro.
Contemplo esta noche
-imposible hallar otra-
entre almas de raso,
a través de ruidos colgados
en los labios de mi mente.
Al fondo la ventana de la huida,
la puerta siempre en guardia
gritando las heridas del combate.
Sangro, me quejo sin palabras,
empapo de hiel la tormenta de mis días.
¿Qué me queda después de la batalla
sorda,
implacable?
¿Cuántos días de dolor
corriendo tan sola por ciegas salidas?
Espanto el fantasma de la locura

con las manos de mi yo perdido.
Borro cicatrices del presente,
taponó los huecos de amenaza en deshora.
Yo,
esta página en blanco,
espera siempre cierta,
prometo la vida en magnolios cuajados de caricias.

5. EL JUEGO SE HA ACABADO

Jugando con la sombra de mi mano
como si no lloviera,
como si la tarde a mis espaldas
no me anunciara al mensajero
de mañana-hoy-ya-está-aquí
con impaciente aleteo.
Jugando con los rincones
de mi mente de plomo
como queriendo burlarme
de mis dendritas embotelladas,
como si hubieran saltado los fusibles,
tan fiables,
desconectando la anexión paralela
con sabor a menta.
Jugando conmigo
a encontrarme
y a perderme,
como un sueño de adolescencia,
como aferrándome al pánico
de amor-a-primera-vista,
y no sé,
y me pregunto
y no respondo.
Jugando,
jugando insistentemente
a soy, no soy,

como si el corazón de mi mirada
no se vertiera por las pupilas
de un faro a pleno sol.
Juego al cansancio de los presentes,
tenue luz,
apagada penumbra,
porque ya es hora:
se ha acabado el tiempo
de jugar a ser sombra de mí misma.

Relatos

El niño que no tenía pueblo

Hubo un tiempo, en el siglo pasado, en el que muchos niños de ciudad no tenían pueblo. En la actualidad todo ha cambiado, hay muchos pueblos que ya no tienen niños, otros se han quedado vacíos para siempre. En su recuerdo he escrito este relato.

En 1947, Manolín había cumplido once años de edad y residía, con su familia en la capita, donde había nacido. Un día del mes de mayo le preguntó a su madre por qué no tenía pueblo como sus compañeros de colegio. Ella le contestó que las últimas generaciones de la familia habían nacido en Madrid y por eso no tenían pueblo, ni hacienda ni casa.

El muchacho no quedó convencido con la respuesta. Precisamente aquel año, tuvieron lugar algunos acontecimientos que iban a permitirle la realización de sus sueños en ese verano. Durante el invierno había estado casi siempre acatarrado y el médico recomendó a sus padres un “cambio de aires” y una alimentación más sana y completa para que se recuperara.

La familia no disponía de medios para veranear en la Sierra Norte alquilando una vivienda; El padre tenía una prima hermana entrañable, Asunción “la maña” casada con un labrador, Basilio, matrimonio del que habían nacido dos hijos. Vivían en un pueblo cercano a Alcalá de Henares. Corpa era una villa de setecientos habitantes, ubicada en lo alto de un cerro, en un lugar con aire limpio, donde no escaseaban los alimentos y las noches de verano eran muy agradables. Juan, el padre, era sastre y los vecinos del lugar ir a Madrid a que les confeccionase trajes, abrigos y pellizas. No es de extrañar que pensara en alquilar una casita en el pueblo donde pasar el verano y, de paso, Julia, su mujer, podía llevar un muestrario de telas para los encargos que los vecinos le hiciesen para las fiestas patronales de Corpa, Villanilla y Pozuelo de las Torres. Los vecinos solían acercarse en bicicleta a elegir géneros y hacerse pruebas.

El último sábado de junio, nos desplazamos toda la familia a Corpa; nuestra prima ya nos había alquilado una casita. Llegamos después de dos horas de viaje y una parada en lo alto de Gurugu, en un bar situado en el cruce de carreteras donde paraban los autocares que iban a Anchuelo, Santorcaz o Loeches. A la entrada, había una gran era y el bar-tienda Plaza. De este punto salía la calle Mayor que cruzaba el pueblo de un extremo a otro. En la plaza de José Antonio tenía la carnicería Jerónimo, que surtía de buena carne de cordero y cerdo a la vecindad; en la tienda de ultramarinos de Norberto se podía encontrar de todo porque era también estanco, papelería y bar. Frente a ella estaba el Salón, el lugar donde todos los domingos por la tarde había baile amenizado por un organillo.

En la Plaza Mayor destacaban el ayuntamiento y un palacio notable, “la Casa Grande” de los marqueses, con torres en los extremos, portada toscana con un gran escudo de caballero calatravo y la leyenda, “y pondré a la muerte por pasar el puente” (hoy losa del suelo del zaguán). No podía faltar la iglesia con su campanario.

Al lado, casas de campesinos; una de ellas era de Asunción y Basilio, hecha en arquitectura popular de la comarca: en la planta baja, un zaguán con cantareras para vasijas de agua; la cochiguera en la que cebaban a tres gorrinos, de cuyos jamones, chorizos, longaniza y tocino curado, vivían todo el año; la cuerda para los caballos, una mula y una borrica; una perrita ratonera, llamada “Salvadora”, muy cariñosa. En un pequeño espacio estaban los aperos de labranza y aparejos de las caballerías. A la izquierda, había una escalera que subía a la primera planta: dos salas grandes, una con balcón a la Plaza y la otra con una ventana que daba al otro lado; y varios dormitorios. Escalones arriba estaba el sobrado donde se guardaba el trigo y la cebada, se curaban los jamones y el tocino; en vasijas de barro se conservaba la matanza en manteca. La cocina, muy grande, servía de comedor con basares laterales para la loza; del techo colgaban unos ganchos donde se ahumaba la matanza; éste era

el sitio más confortable de la casa. Detrás, separados por un desnivel, los corrales.

Aquella noche dormimos en casa de nuestra prima, pues la que habíamos alquilado cerca de las eras, la estaban blanqueando. Asunción extendió dos camas y un colchón de lana; con tela improvisó otro de paja. Sólo había luz eléctrica en la cocina, una bombilla con un casquillo que también servía para enchufar la pancha; en las habitaciones encendíamos candiles o velas para acostarnos.

Nuestra vivienda era grande: una entrada, dos dormitorios con ventanas, la cuadra y una gran cocina baja de leña y paja. Para mí todo era nuevo, pero pronto llegué a conocer las caballerías, los ganados de cabras y ovejas, y a familiarizarme con los lugareños que, con las yuntas, iban a sus labores. Al amanecer, nos despertaba el canto del gallo; algunos días me levantaba y acompañaba al tío Basilio, que me acogió como si fuese su propio hijo, a abrevar el ganado en la fuente y llenar los cántaros de agua. Otros días íbamos a espigar o a sembrar tomates, pepinos y cebollas en el huerto. No muy lejos de él había un manantial de limpias y claras aguas en las que nos metíamos a refrescarnos y coger berros para la ensalada. El trillar la parva de mies era otra diversión. En el trillo tirado por mulas pasaba largas horas, sentado en una banqueta con un sombrero de paja, dando vueltas y vueltas hasta que la paja y el grano estuviesen separados. Los primos, Basilio y Luis, debían aventar la parva con una máquina movida a manivela. Era un trabajo agotador. Siempre quedaban en el suelo granos de trigo o cebada, que los pájaros se apresuraban a comer. Poníamos cepos y los cazábamos, había días que picaban hasta una docena, un auténtico manjar. Alguna noche, nos quedábamos a dormir en la era, cubiertos con mantas. Entonces, yo me entretenía viendo pasar por el firmamento las estrellas fugaces, un espectáculo que no había visto en la ciudad.

Aquel nuevo mundo que viví ese verano me atrajo y me enseñó a valorar el sentido de las cosas, pues hasta los juegos con los

chicos eran distintos, más humanos y siempre en contacto con la Naturaleza.

Un día, mis nuevos amigos me invitaron a una boda. Mi madre me vistió de la mejor manera para no desentonar. El casamiento resultó ser una broma que consistía en ir con un carro a por paja y llevarla al pajar; me tocó ponerme en el ventanuco con una horquilla de madera para echarla dentro. Me llené de polvo y me picaba todo el cuerpo. Mi madre tuvo que lavarme por completo, pero, a pesar de ello, me sentía muy feliz.

Acabado el verano, regresamos a Madrid; ahora ya podía decir a mis amigos que tenía un pueblo al que pensaba volver todos los años.

ANDRÉS ACOSTA

El hongo.

Nadie sabía ya, a estas alturas, quien demonios pudo plantar allí aquel hongo. Tampoco cuando sucedió. Porque, ¿cómo iba a fijarse alguien que en un lugar cualquiera de la ciudad crecía una minúscula seta? El caso es que ya no era tan pequeña. Ahora se trataba más bien de un problema creciente. Crecía y crecía sin cesar. Lentamente, pero sin desfallecer un ápice.

Semejante espectáculo nada usual atraía todos los días a mucha gente. Sobre todo por la tarde, cuando los adultos habían finalizado sus ocupaciones y los niños sus estudios. Era ya un hábito realizar animados paseos familiares para observar este prodigio de la naturaleza. Y últimamente, los fines de semana, veíase a gente procedente de otros lugares, turistas que en grandes autocares se acercaban a admirar esta talofita gigante.

Mirando con detenimiento la descomunal seta, dos parroquianos recordaban los días en que sólo tenía un metro de altura y los niños jugaban a gnomos del bosque saltando a su alrededor. Los pequeños pintaron en su tronco una puerta y una ventana y además, adhirieron a su copa una bonita chimenea verde.

Cuando la planta alcanzó la altura de dos metros, algo ciertamente desconocido en una talofita, el ayuntamiento dispuso ampliar la zona de tierra que rodeaba al hongo. Se levantaron adoquines y se rodeó la planta con vallas que formaban un cuadrado de unos diez metros de lado. Y por primera vez se prohibió el acceso a la misma, excepto a funcionarios y científicos que portaran la correspondiente autorización municipal.

No resultaba sencillo clasificar al hongo. Destacados micólogos discutían día tras día acaloradamente sin llegar a un acuerdo sobre el tipo de talofita que tenían ante sus ojos. Al tratarse de un hongo tan grande, de crecimiento aparentemente interminable y con un micelio nada filamentoso, se escapaba a toda clasificación botánica. “¡Oh, si Linneo levantara la cabeza!”, exclamaban atónitos y exhaustos.

Los programas de radio y televisión que trataban este asunto se sucedían sin tregua. Todo tipo de charlatanes esotéricos, místéricos y quiméricos desfilaban por las emisoras contando sus extravagantes teorías. Al mismo tiempo, por fortuna, algunos científicos prestigiosos explicaban humildemente lo poco que podían decir del fenómeno, pero sin embargo, aportaban un cúmulo nada desdeñable de conocimientos micológicos que la gente desconocía. De este modo, muchas personas pudieron distinguir, por primera vez, entre unas setas y otras, así como percatarse de la prodigalidad con que la naturaleza actúa en este terreno.

Vale la pena exponer algunas de las opiniones que esos días salían a las ondas o se reflejaban en la prensa escrita. Hay quien afirmaba que unos extraterrestres, no se sabe con qué oscuros motivos, habían plantado la extraña seta, que sin duda era propio de algún planeta lejano. Investigadores más serios se inclinaban por una mutación biológica. Aludían al bajón de la capa de ozono y la subsecuente mayor entrada de rayos ultravioletas, lo que habría alterado las cadenas cromosómicas de algún hongo normal. Algunos ecologistas radicales proclamaban el apocalipsis biológico por nuestros desmanes. Y por fin había quienes creían que los botánicos aún no conocían todas las especies existentes en el planeta, y que alguien, manteniendo en secreto todo el proceso, había traído la enigmática seta de algún ignoto lugar no explorado.

Renato, un mendigo muy especial, sospechaba de alguien. Le pareció urgente buscar a Darío. “¿Se habrá vuelto loco?”, pensó. “¡Pero coño, si Darío no había vuelto con él! Dios sabrá qué pudo haberle ocurrido a todos ellos en el bajel”.

Renato, un solitario errante y Darío, un joven botánico conservacionista, se habían encontrado con otros aventureros de distinto pelaje en unas tierras sureñas desconocidas. Sin poder dar una explicación muy coherente a todo lo que veían, comprobaron con sus cinco sentidos la evidencia de unos lugares en los que sus habitantes vivían de manera diferente y en los que la naturaleza ofrecía un espectáculo grandioso con

especies vegetales distintas a las que ellos estaban acostumbrados a contemplar. Darío les explicó que en ningún libro de botánica se encontraban catalogadas muchas de aquellas plantas.

Tras residir un tiempo en aquellas tierras lejanas y hospitalarias, fueron invitados a participar en unos festejos que tenían lugar antes y durante el día de San Juan. El colofón de las fiestas consistía en un viaje a bordo de un antiguo bajel del siglo XVIII perfectamente conservado. Sin embargo, Renato sospechaba que aquel viaje no preludiva nada bueno. Su sexto sentido le dijo que debía escapar. Se refugió en un bosque cercano, donde por cierto pudo ver hongos gigantes, aunque ninguno del tamaño que ya había adquirido el que nos ocupa, y huir finalmente. De los que subieron a la nave nada volvió a saber. Albergaba la esperanza de encontrar a Darío y que sus presentimientos de entonces fuesen infundados. Darío era sin duda la única persona que podría dar una explicación convincente sobre el fenómeno que a todos tenía preocupados. Había que localizarle como fuese.

Mientras, la seta alcanzaba ya una altura equivalente a tres pisos de un edificio normal y su tronco tenía un diámetro de tres metros. La copa abarcaba una circunferencia en la que cabía una vivienda media. Los asombrados ciudadanos veían día tras día cómo la estructura laminar del interior de la copa aumentaba sus oquedades, que parecían tenebrosas cavernas. El color rojo de la cáscara superior sólo podía admirarse ahora desde las ventanas más altas. Algunos vecinos cobraban una módica cantidad por la entrada a su casa para fotografiar al hongo desde arriba. Los sábados y domingos había largas colas ante sus casas. Toda esta situación alegraba mucho sus bolsillos, pero esa alegría pronto se tornó en preocupación al escuchar los informes de la concejalía de urbanismo, en los que se avisaba de un incipiente debilitamiento en los cimientos de todos los edificios circundantes.

Renato buscó en todos los rincones donde pudieran darle señales de Darío: asociaciones ecologistas, jardín botánico, Museo de

Ciencias Naturales, Facultad de Biología. Por fin pudo saber de él en un centro experimental de agricultura macrobiótica, donde le dijeron que trabajaba allí y que los lunes, miércoles y viernes estaba de cuatro a nueve de la tarde.

El hongo aceleraba peligrosamente su crecimiento. Ya resultaba imposible el tráfico de cualquier vehículo en sus cercanías, pues los restos del velo general y la volva levantaban una gran parte del asfalto. Sobre pasaba en altura a algunos altos edificios y se le veía emerger desde lejos como si de un monstruo fantástico se tratara. Renato y Darío se dieron un fuerte abrazo. Cada uno pensaba que el otro había desaparecido. Darío le contó a Renato que en el misterioso bajel los habitantes de aquellos lugares trataron de convencerles para que no volvieran, pues no quieren que en otros lugares del planeta sepan de su existencia. Lograron convencerles para que les dejaran marchar: que no contarían nada de lo visto y que buscarían a Renato, si es que había sobrevivido, para persuadirle de lo mismo. “Yo te he buscado, Renato, pero como nunca estás en un sitio quieto, me ha sido imposible. Ya sabes cuál es nuestra promesa, no contar nada.” Algunos edificios tuvieron que ser desalojados. Sus aflitos inquilinos fueron reacomodados en campamentos erigidos en las afueras de la ciudad. Desde algunas ventanas se podía tocar la copa, que tenía una textura áspera. Pese a su inmensidad, el hongo no transmitía sensación de solidez. Daba la impresión que podía resquebrajarse en cualquier momento.

“Pues sí, Renato, yo traje esquejes y semillas. Pero en ese lugar donde crece la talofita gigantesca no recuerdo haber plantado nada. Salvo que se me haya caído algo por allí. Y aún así, no recuerdo haber visto por aquellas tierras una cosa semejante. Sólo se me ocurre que se trate de un crecimiento anormal por acomodación a otro medio. Puede que estemos ante un fenómeno biológico nuevo o desconocido. Pero lo que suele ocurrir es precisamente lo contrario cuando plantamos aquí en el Norte especies sureñas: que crecen muy poquito.”

“¡Oye Renato, quiero preguntarte una cosa!” , “A pesar de faltar a nuestra promesa a aquellas gentes, ¿no te parece que el asunto

es lo suficientemente grave como para suministrar todos nuestros conocimientos a las autoridades?”

Las discusiones subían de tono en las esferas gubernamentales. La alcaldía de la ciudad había cedido los trastos a la Consejería de Interior de la Comunidad Autónoma y ésta, a su vez, le había cedido la patata caliente al Ministerio del Interior. Todos estaban muy nerviosos.

¿Iba el hongo a seguir creciendo? No cedían aún los cimientos de los edificios cercanos, pero en cualquier momento podía suceder. El pánico se apoderaba ya de la población más próxima. Por primera vez, el ejército habló: “¡Hay que destruir el hongo! Estamos preparados para la misión. Poseemos los medios para dejar fuera de combate a la seta enemiga. Nuestro equipo de guerra biológica le inoculará un virus de laboratorio que lo secará en poco tiempo.” Pero de algunas organizaciones ecologistas surgieron voces discrepantes: “¡Se trata de una especie interesantísima y no debemos eliminarla.” Se sucedieron las manifestaciones a favor y en contra de la destrucción del hongo. Llegaron a ser desordenadas y violentas. El ejército intervino y suspendió las garantías constitucionales, prohibió las manifestaciones, prohibió las discrepancias y prohibió los hongos por decreto-ley.

Por fin un día, de las pilosidades de la vaina surgió un enanito, removiéndole el humus, se subió a una cesta, y ante los atónitos ojos de funcionarios, científicos, militares y abundante público, gritó: “Cuándo tengáis un átomo de inteligencia, volveré. Mientras, mejor será que me busque otro rincón. Y vosotros, Renato, Darío, sois unos chivatos impresentables.” Y sacándole a todos la lengua, una lengua larga muy roja, ascendió a los cielos tan campante. El hongo-globo se fue haciendo cada vez más irreconocible, diluyéndose en el azul claro de la tarde.

Una niña pequeñita derramó una lágrima y a sus pies, una débil setita mostraba desvergonzada su copa roja sólo unos minutos más tarde.

Andrés Acosta González (Tenerife 1989).

Tío Marcos

En medio del silencio de una noche sin estrellas, a lo lejos, el aullar prolongado y triste de dos perros hambrientos.

Se ha abierto una de las mitades de la pequeña puerta carcomida, cuando la parte inferior gira hacia dentro, una figura alargada se recorta en el umbral llevando un candil. Sale, desciende la pequeña pendiente del corral adoquinado, los pasos suenan cautelosos. Se para, mira de un extremo a otro de la calle escudriñando la negrura. Pasados unos minutos, la joven se encoge de hombros con resignación y vuelve sobre sus pasos protegiendo con su mano libre, la torcida encendida.

Por un pequeño túnel de menos de dos metros de altura se accede a la cocina, que salió irregular cuando fue excavada. La chimenea, única ventilación de la casa, sube pegada a la pared. Sobre la losa del suelo, aún queda un pequeño rescoldo entre los morillos. Otro hueco practicado a la derecha es el dormitorio común. Sobre la tierra húmeda, cubriéndola en su totalidad un jergón de paja.

-Madre –la voz suena en susurro-, no he visto a padre.

-Acuéstate, no te preocupes, ya aparecerá.

Con cuidado va poniendo los pies entre los cuerpos tendidos. Las piernas de Jando, la espalda de Manuela, por fin su lugar. Acostada tira del trozo de manta que le corresponde, cierra los ojos e intenta dormir.

El Tío Marcos bebe desde siempre, y su humanidad breve, deshilachada, su caminar en vaivén de atardecer es familiar a grandes y pequeños. El alcohol, insustituible elixir maravilloso, le distrae el hambre, le hace entrar en calor, sentirse bien, olvidarse, por unas horas, de todo lo injusto, malo, agresivo, hediondo, que le hace estremecer cuando está sobrio.

Habilidoso, trabaja para cualquiera que se lo pida resolviendo

problemas de toda índole, incluso los que superan su buena voluntad. Recibe en dinero o en especie. Cuando no tiene trabajo en el pueblo, se va en busca de su confidente hermano el río, que es juguetón a veces, oscuro en la tormenta, transparente en el brillante amanecer. En los días calurosos del verano se mete vestido en sus aguas, se restriega con un poco de arena fina la ropa, se va quitando poco a poco cada prenda y la agita hasta aclararla, la deposita en la orilla. Fuera del agua su cuerpo enjuto reluce con el sol. Extiende sin arrugas la indumentaria. Entra de nuevo en el charco, se mueve rápido, como otro pez, pesca a mano cogiendo truchas moteadas, rutilantes y desprevenidas debajo de las piedras. Habla en voz alta para ahuyentar los malos pensamientos o se pone a cantar. En esos momentos es completamente feliz.

Al atardecer prepara su caña, puede pasar horas, acompañando la corriente pescando. Al regreso ya están esperándole los compradores fijos. Un día con la comida de su familia resuelta.

En los momentos que no hay nada, ni siquiera un trozo de pan, Ocha va de puerta en puerta:

-Que dice mi madre, que si me puede dar algo de comida que le sobre.

Se había despertado pero no quería abrir los ojos, tendido sobre la hierba, al lado del estrecho camino que se alarga acompañando la corriente. Se sentía en paz y no tenía hambre. Cómo era amable la noche después de una jornada de calor sofocante y qué verdaderos el olor de la jara y la canción del agua avanzando más abajo serigrafiada por los reflejos de las estrellas...

Sentado, se pasaba las manos por la cara alisando la piel y extendía los brazos para superar el entumecimiento. En ese momento la vio, estaba cerca, entre los jarales ...

“Estoy viendo visiones, no puede ser.

Incorporado caminaba en su dirección. ¡Una luz hermosa, brillante en medio de la oscuridad y la soledad qué le atraía! Ya la tenía próxima, casi la podía tocar con los dedos, y ocurrió lo inesperado.

Ella saltó hacia atrás y se quedó parada. Otro intento para cogerla perdido. Se movía como en una danza.

Contento, decidió seguirla donde fuese, y así, en pos, con el pecho henchido corrió detrás hasta que dar exhausto, tropezó y cayó. Cuando alzó los ojos, seguía allí quieta y le miraba, a él, sólo a él.

Entraba en casa cuando escuchó la voz que gritaba desde la cocina.

-¡Otra vez borracho! No sé por qué me preocupo, ya debería estar acostumbrada. ¿Dónde has estado tantas horas? No hay nada para desayunar, pero por lo que veo a ti te da lo mismo. ¡Dios mío dame paciencia! Ocha vete a casa de Tía Juana para ver si te dan algo. No te entretengas con nadie.

Estuvo nervioso todo el tiempo. Fue a la taberna pero sólo tomó el vaso de vino que le ofrecieron. Al crepúsculo, como arrastrado por una fuerza irresistible volvía al camino que le llevaba al Marinazo, inquietante y profundo, oscuro, rodeado por árboles y maleza.

“No la voy a volver a ver, no puede estar, todo ha sido un sueño. Se sentó sobre unos arbustos y esperó.

Apareció cuando estaba perdido en sus pensamientos. Al verla el corazón le dio un vuelco, “ Si no soy nadie, cómo me puede ocurrir esto a mí”.

El mismo deseo irreprimible de aproximarse de la noche anterior, la corrida gozosa en el intento de atraparla, la misma sensación de felicidad.

Desapareció con la llegada de la aurora. Se sentía diferente, dueño de un secreto maravilloso, era más importante que el más rico del pueblo, él que era el más pobre de los pobres.

“No se lo voy a decir a nadie, no lo entenderían, pensarían que estaba mintiendo. Y cambió, una sensación de fuerza se iba adueñando de sus actos.

“El Todopoderoso conoce la razón de todas las cosas, quizá quiera comunicarse conmigo a través del resplandor”. De lo que estoy seguro es que todo va a cambiar, ¿por qué no puedo tener suerte una vez en la vida si la mayor parte del tiempo me ha tocado sufrir?

El dinero va a llegar no sé cuándo, pero seguro que dentro de poco todos hablarán de mí y muchos sentirán envidia.

Se lo contó a alguien una tarde cualquiera. La noticia atravesó el lugar, la montaña, la comarca. Sus vecinos empezaron a verle con recelo unos, con gesto de burla otros, algunos hacían la señal de la Cruz cuando pasaba cerca –se está volviendo loco-. Él distante, metido en su mundo, no dejaba de sonreír.

Las idas al torrente se hicieron más frecuentes, comía muy poco, solo de tarde en tarde se quedaba a dormir en casa, ante el desespero de su prole.

Hablaba durante horas con su amada de proyectos fascinantes. Llegaba a ser alcalde, repartía el dinero que le sobraba entre los menesterosos, construía casas para albergarlos, era recibido con aplausos en cualquier lugar, tenía amigos en todas partes. Su deslumbrante compañera le seguía ahora, dócil, en su caminar.

Le encontraron tirado en el suelo cerca de la fuente de Las Escañás, tembloroso, ardiendo en fiebre. Delirante hablaba confiado con alguien invisible. La neumonía se apoderaba de su frágil organismo con el pasar de las horas, y la dueña de la botica, sabedora de que nunca recibiría el importe, -no tenía un pelo de tonta-, negó la medicina salvadora.

Se fue sin ruido, su cara trasmitía la más pura dicha mientras musitaba:

-Ve tú delante, para que pueda ver la senda por donde debo ir.

Han pasado muchos años.

-Pues aquí en Navalperal de Tormes vivió un hombre bueno que vio la luz mágica del Marinazo. ¡Mira allá lejos, al fondo, ¿ves aquellos chopos que esconden el caudal?, detrás de las piedras blancas...

Nota: En el texto, el término “tío”, “tía” es una forma de trato, no significa parentesco alguno, empleado en algunos pueblos de Castilla.

ÁNGELA GUERRERO

Los Guardianes de la playa

Todos los años vamos a la playa durante un mes, con nuestros hijos.

Nuestro apartamento es muy hermoso: Tiene una gran terraza que da la sensación de encontrarse encima del mar. Desde ella, se ve toda la playa, una sucesión de pequeñas calas llenas de sombrillas de colores.

Mi hija M^a Luisa y Fernando, su marido, con sus dos pequeños - Jaime de siete años y Fernan de cinco- estaban pasando unos días con nosotros. Luisa quería ir a Barcelona con su marido y no le pareció oportuno llevarse a los niños. Por ello les decía: “¡Estaréis muy bien con los abuelos! Nosotros volvemos mañana. Aquí se está fenomenal y en la playa podéis jugar, además de bañaros”.

”Esta es una cala muy tranquila y sin peligro” dijo Fernando a los niños. Lo cual apoyaba ella, diciendo: “Si la verdad es que está muy bien vigilada. Ahora tenemos que irnos. ¡Hasta mañana mamá! Vamos Fernando” y se fueron a Barcelona.

Los niños eran muy alegres y cariñosos. Fernandito, el pequeño, no paraba de preguntar: “Abuelo, ¿qué haces?”.

“Crucigramas”.

¿Para qué?”.

“¡Cómo que para qué!

“Quiero decir que si es para un concurso, abuelo”- explicó Jaime, que a sus siete años presumía de mayor-.

“Yo diría que es una adivinanza de palabras. Veréis, tomad este papel, escribid: Objeto que tiene Fernandito en la cabeza.”

Fernandito abrió mucho los ojos, sin terminar de comprender al abuelo. “No se escribirlo, abuelo”.

“¡Que tonto eres Fernan!, ¡TU GORRA, escribe gorra!”.

“Eso es, Jaime, has acertado. Ya sabes que es hacer un crucigrama”.

La abuela trajo una bandeja de pan con tomate y jamón, además de unos vasos con zumo de naranja. Lo puso todo en una mesita. Niños y abuelos merendaron charlando alegremente.

“¡Vamos, niños, daremos un paseo por la playa!”, dijo la abuela. “El abuelo se queda en casa”, afirmó este.

Los niños se fueron corriendo al agua, y la abuela procuraba no perderlos de vista.

“Esta playa parece un jardín de cuentos con enormes setas de colores, que protegen del sol a los humanos, como dice la leyenda”.

“¿Un cuento abuela?”.

“No es cuento, es la leyenda de los Guardianes de la playa, ¿queréis oírla?”

“Sí abuela, me gustan mucho las leyendas”, dijo Jaime.

“Dicen que es aquí donde se reúnen todas las noches de luna llena, como hoy, los Guardianes de las siete calas que forman esta playa. Aquí cantan y bailan a la luz de las estrellas”.

“¿De verdad abuela?”.

“Eso dice la leyenda, Jaime”.

“¿Y no tienes miedo?”- preguntó Fernandito, cogiendo fuertemente la mano de la abuela-.

“¿Y si son marcianos? Yo leí en un tebeo que quieren invadir la tierra”- añadió Jaime-.

“No niños, aquí las noches de luna llena son mágicas. El hechizo viene del mar. Cuando anochezca veréis a los Guardianes iluminados por la luz de la luna y las estrellas. Esperando firmes y vigilantes hasta que empieza a sonar la sinfonía del mar y del viento. Ahora, vamos a casa que es tarde”.

El abuelo seguía en casa con sus crucigramas.

“Abuelo esta noche vienen los Guardianes”.

“¿Quiénes dices que vienen, Fernandito?”

“Los Guardianes de la playa”, aclara Jaime.

“¿Qué dicen estos niños, abuela?”.

“Ya sabes hombre: ¡Los Guardianes de las siete calas! Les he dicho a los niños que los verían esta noche que hay luna llena, ¿comprendes?”.

El abuelo se encogió de hombros y sonriendo, siguió con su crucigrama.

La noche fue cayendo sobre la playa. Sólo se oía el rumor de las olas. Todo era silencio y quietud.

Después de cenar, los niños se pusieron el pijama y se limpiaron los dientes, sin que nadie se lo dijera. Estaban nerviosos. Los abuelos intercambiaron entre ellos miradas de complicidad y fueron apagando, poco a poco, todas las luces de la casa.

Las estrellas aparecieron como si abrieran el camino a la luna que, perezosa, se ocultaba entre las nubes. El aire la descubrió mostrándonos todo su esplendor. Su luz iluminaba el agua y las figuras de los Guardianes de la playa que, firmes, esperaban que las olas del mar tocaran su sinfonía - acompañada por el rumor del viento y el canto de las sirenas- para empezar su danza.

“¡Niños, ahora estad muy callados y quietos! ¡Fijaos bien! ¡Mirad la luz que se refleja en el mar! No hagáis ruido, para que los Guardianes no se den cuenta de que los estamos mirando”, dijo la abuela.

Los niños casi no se atrevían a respirar. Las setas de colores de la playa habían desaparecido. Los guardianes firmes, bañados por la luz de la luna, empezaron su danza al compás de las olas. La abuela susurro: “Mirad como entre la espuma de las olas hay sirenas que también danzan y casi no se ven. Escuchad el murmullo del agua y del viento, que acompañaran a los Guardianes con su música hasta que amanezca. Cuando salga el sol todo desaparecerá, pero vosotros siempre recordareis esta noche y a los Guardianes de la playa”.

“Ahora muy calladitos y sin hacer ruido, os iréis a dormir”, continuó la abuela en voz baja, al tiempo que les daba un beso.

“Hasta mañana Abuelos”, dijeron los niños.

A la mañana siguiente, al tiempo que se abrían las sombrillas, la playa volvió a parecer un jardín de setas de colores.

JOSÉ MIGUEL GONZÁLEZ

Llega el azar

Aquella tarde había pasado por el Mercalady, que está junto a la estación de cercanías, para comprar unos langostinos, ensalada y algo de fruta. En modo alguno, podía imaginarme la sorpresa que el azar me preparaba.

Me dirigí al Dama's para tomarme una caña, aparqué el coche, entré en la cafetería y ocupé mi mesa favorita. Me disponía a hojear el periódico, cuando, de pronto, se acercó a mí un hombre joven, como de unos veintitrés años, con ropa muy nueva, informal, el pelo largo y unos ojos sumamente despiertos.

¿Le importa que tome asiento? dijo con acento inequívocamente alemán. Yo soy Georg Büchner, o debería decir mejor, el espíritu de Georg Büchner, perdone mi intromisión.

-Yo el único Büchner que conozco es el genial dramaturgo alemán que murió en Zurich en 1837 con sólo veintitrés años

-El mismo que viste y calza.

-Veo que domina Vd. nuestra lengua; sin duda es Vd. un bromista que tata de combatir el aburrimiento.

-Usted se llama José Miguel y siente una predilección especial por mis obras ¿verdad?

-Pues sí, así es ¿Cómo lo sabe Vd.?

-No quiera saber demasiado. Como dicen en inglés, la curiosidad mató al gato. Mire Vd. yo no quiero que me crea ni que me deje de creer, yo lo único que quiero es darle la oportunidad de charlar conmigo un rato sobre lo que yo escribí.

Amigo José Miguel, lo peor de la eternidad es el aburrimiento. ¿Se imagina tener sólo una hora al mes para poder hacer amistades?

-Georg ¿le gusta a usted la cerveza?

-Sí, desde luego.

Pedí dos cañas y sin hacerme más preguntas, decidí hacérselas a él. Yo conocía bien su obra, me interesaba mucho explorar sus ideas predilectas y nuestras afinidades, si es que las había.

-Mi libro favorito de Büchner, perdón, suyo, es *La muerte de Dantón* ¿Qué opina de él?

-Siempre estuve muy contento de Dantón. En realidad Dantón era un pretexto. En ése libro, como Vd. sabe bien, lo único que hago es hablar sobre la muerte. Un libro en cierto modo premonitorio, pues desde siempre tenía la convicción de que yo moriría joven. Somos marionetas en manos de fuerzas muy poderosas

-Ese es un pensamiento lleno de intriga y de verdad.

- En algún momento de la obra lo digo: “Todos estamos enterrados en vida, bajo el cielo, en nuestras casas, bajo nuestras chaquetas y camisas. Mañana seremos un violín roto, una botella vacía, un zapato usado”.

-Georg, me siento cómplice de lo que escribes, vamos a tutearnos. Es cierto que la muerte es la gran protagonista de Dantón, pero hay una enorme veta revolucionaria en ésta obra.

-Sí, supongo que sí. Como no podía ser de otra manera hablando de tiempos tan duros para la lírica. Los revolucionarios hablan de arrancarle la piel de los muslos a los aristócratas para hacerse

unos buenos pantalones.

-No lo digas muy alto, Georg, que hay mucho pirata suelto

-En la obra el pueblo exige matar a todo el que sepa leer y escribir. "El pueblo es un minotauro que necesita puntualmente su ración de cadáveres. Es como un niño que necesita romperlo todo para ver que se oculta en su interior."

-¿Te acuerdas de ese terrible cuadro de Gericault, *La balsa de la Medusa*, donde un grupo de desgraciados a la deriva ha tenido que recurrir al canibalismo. Pues bien, hay una frase en Dantón que me recuerda al cuadro.

-Tú debes referirte a la idea de que somos náufragos con una sed inagotable, chupándonos los unos a los otros la sangre de las venas

-A ésa, a ésa me refiero. Georg, el tiempo vuela, creo que no nos queda más remedio que dejar Dantón y comentar, aunque sea un momento, el resto de tu breve obra. A mí de *Woyzeck*, tu obra más popular, hay una frase que me deja desnudo: "Cada hombre es un abismo y cuando le miras detenidamente te mareas".

-¿Quieres tomar otra caña?

-Vale. Ahora aviso al camarero. A mí la obra que me encanta y que me parece divertidísima es *Leoncio y Lena*. Leoncio encarna el elogio del *dolce far niente*: " Yo soy todavía virgen en esto del trabajo; tengo una enorme pasión por sentarme. A todo aquel que presume de ganar el pan con el sudor de su frente, hay que declararle loco y peligroso para la sociedad humana. Así pues, sentémonos en la sombra y pidamos a Dios macarrones, melones, higos."

-No me atribuyas el mérito, la obra es tan ligera que se escribió

sola. Me gusta lo de la hierba: "La hierba está tan bonita, que me gustaría ser un buey para poder comérmela y luego ser un hombre para poder comerme el buey que se ha comido la hierba".

-Es que eres muy cinematográfico, por ejemplo cuando dices: "Mi cabeza es una sala de baile vacía, los últimos bailarines se han quitado las máscaras y se miran los unos a los otros con ojos cansados."

-Y, sin embargo, amigo José Miguel, en ésta comedia espumeante hay gotas bastante envenenadas: "la Naturaleza odia la vida y está enamorada de la muerte. Y nosotros estamos allí como cartas para que Dios y el diablo jueguen a combatir el aburrimiento."

-Pero Georg, no puedes negarme que predomina el espíritu burlón: "Ergo bibamus; esta botella no es ninguna enamorada, ni ninguna idea, ni ningunos dolores de parto. Le quitas el corcho y todos los sueños que duermen en ella se abrazan a tí chispeantes."

-Querido José Miguel, me parece que tengo que volver a casa. Lo que me pone más triste es el pensamiento de que las alegrías y los placeres más sublimes siguen siendo inalcanzables para la mayoría de la humanidad. Es muy fácil ser un hombre honrado cuando se puede tomar todos los días una buena anguila o un buen chuletón. Hasta siempre, amigo. Sigue leyéndome, cuando alguien lee una línea mía con arrebató o con ternura, por un instante, siento un inexplicable alivio del aburrimiento.

-Georg, no sé si esto ha sido verdad o mentira. Me da exactamente igual. Tú, que tienes que encontrarte a gusto en todas partes, has tenido el detalle de venir a verme. Gracias de corazón.

JUAN DE MADRID

**El escachiforio,
cuento erótico y algo cabroncete para las tardes de otoño**

¡Joder...! ¡Cabrón de despertador! Un día me va a matar, refunfuñó Paco; (D. Francisco, como le gustaba ser llamado) El sonido insistente y odioso del despertador, le hizo levantarse de su siesta diaria con pijama y zapatillas: era uno de los pequeños gajes de su puesto de funcionario. Desperezándose y bostezando con estridencia, se fue al baño para tomar una ducha. Durante un buen rato, estuvo disfrutando de la caricia placentera que le proporcionaba el agua tibia y pulverizada que salía del teléfono con forma de falo erecto acoplado a la goma de la ducha. Gracias al masaje bien dirigido, que le proporcionó ese diabólico instrumento, logró contrarrestar la erección con la que se había despertado. Una vez despejado y más sosegado, salió a dar una vuelta por su pequeño mundo; la urbanización donde residía.

Paco caminaba sin rumbo, como su vida, sin prisa y sin norte, al tiempo que seguía con sus oscuras meditaciones: No terminó la carrera, porque se di cuenta a tiempo que no valía para eso y le faltó el “coraje” de ignorarlo. Menos mal, que por lo menos, le convalidaron parte de los estudios para las oposiciones de funcionario; al menos se aseguraba un porvenir decente.

Una música verbenera y el olor a refritos, le sacaron de su amarga meditación. Me acercaré a ver, musitó para sí... Guiándose por el ruido y el olfato, llegó al recinto donde estaba instalado el evento: se trataba del mercado medieval de todos los años; lo instalaban tantas veces, que nunca se acordaba de la época de celebración.

No había quien aguantase el griterío y el olor a chorizo; del de comer, el otro, también huele, pero en silencio. En una mezcla increíble, se asentaban puestos con animales de diversas especies, bocadillos, aparatos de radio supermodernos, hierbas

curativas, recipientes, braseros, teteras, discos pop, de flamenco y artesanía de todos los siglos, incluido el XXI.

Paco recorrió los puestos sin prestar mucha atención, no le interesaba nada de lo que había: Se trataba de matar el tiempo y los fantasmas que le martirizaban. Compró, por hacerle un favor a una pobre mujer, un artilugio de dudosa utilidad y tomó el camino de vuelta a su casa.

Una vez instalado confortablemente en su sillón preferido, estiró perezosamente los pies y los brazos, al hacerlo, reparó en el artefacto que le había comprado a la dichosa vieja con aspecto de bruja y que milagrosamente, no había tirado a ningún contenedor de basura, como había pensado hacer.

Estuvo un buen rato mirándolo minuciosamente sin saber que hacer con él, pues la pobre vieja, le dijo que era un Escachifornio? pero no le había explicado como funcionaba, y él, desde luego, no pensaba volver para preguntar.

El artilugio era un cilindro del tamaño de un bote de refresco, tenía varias palancas y botones, pero no hacían nada ni se encendía nada. Miró y remiró durante largo rato, tratando de encontrar algún cable o receptáculo con pilas, de donde pudiera tomar energía el dichoso aparato, pero era imposible, no encontraba nada parecido a lo que buscaba. Cansado y aburrido de investigar, lo dejó sobre la mesa y fue a prepararse algo de cena: Estaba cansado y se iría pronto a dormir.

Una vez mitigada su ansiedad en forma de apetito y después de ver un rato los anuncios de televisión, se fue a la cama derecho. Sin apenas darse cuenta, cogió el trasto que había comprado en el mercadillo y empezó a manosearlo, tocando teclas y botones con absoluta desgana. Así, le fue invadiendo un dulce y desconocido sopor: Hacía tiempo que no dormía bien, no lograba conciliar el sueño pensando en Cristina...

¡Cristina! Paco, semiinconsciente, tecléo muy despacio el nombre en el artefacto. C-R-I-S-T-I-N-A. Enseguida le invadió una mezcla de añoranza y rabia que acentuó su depresión. ¡Cristina, Cristina...! musitaba con honda ternura. Cristina, su

ex esposa amada, su amor robado. ¡Maldita sea mi vida; exclamó con amargura.

Hacía un año que se habían divorciado “civilizadamente” y no podía apartarla de su mente. ¡Maldita sea! ¡¡Cobarde!! se decía. No has sabido luchar por ella y la has perdido ¡cobarde! Pero, quién puede luchar contra el caballero de la fulgente armadura, el príncipe azul... ¡Inútil! ¡Cobarde! repetía una y otra vez. Encima, tenía que soportar sus arrumacos cada vez que comían los tres juntos ¡eran tan civilizados! Idiota. Idiota y cobarde... No supo tenerla ni retenerla a su lado. Nunca aprendió, que para poseer a una mujer, hay que penetrar su alma con el falo místico de la ternura, pero sobre todo, físicamente, con un obús del 32 de espoleta retardada y hacerla muchas veces el amor al sur de las cumbres borrascosas.

Con total desasosiego, cerró los ojos y soñó con su amada. Veía sus maravillosos tobillos y sus muslos ¡deliciosos; celestialmente torneados hasta las ingles, donde está la gruta de los milagros. Cuando sea mayor, soñaba, seré escultor, para poder amar con los ojos y las manos. Le volvía loco, recordar sus cantaros rebosantes de leche y miel, especialmente bien colocados, uno a cada lado del río de la alegría. O como le cogía la cabeza con audacia infinita, para llevarla al lugar exacto, y allí, nadar en el pozo secreto de la buena muerte. Notar como ella tensaba todo su cuerpo cual arco de Diana: Subir y bajar, bajar y subir una y otra vez por el tobogán de la locura, hasta romper en gritos y llanto.

¡Era tan hermosa! Empezó a recorrer su cuerpo de seda, besando y lamiendo, como a ella le gustaba, los lunares que salpicaban estratégicamente su cuerpo. Colocados así, por algún ángel caído antes de ser condenado para siempre. Estuvo gozando toda la noche...

Despertó sudando como un toro de Miura, embriagado de placer. Se encontraba extasiado entre las suaves colinas de las Islas Glutécomo, al sur del Cabo de Hornos. ¡Qué bella creación! ¡Qué fantástica hermosura!

Para los otros lunares, tendría que ampliar su calendario astral o pedir a la diosa de la noche que le prestase su divino manto.

De todas maneras, ya sabía como soñar con su amada ¡y cómo poseerla también; Tan sólo, es necesario medio gramo de cordura, uno y medio de locura... y mucho, muchísimo amor propio.

Paco (D. Francisco...) miró por la ventana, aún era de noche. Una pequeñísima luz verde se proyectaba desde el Escachifórnio dichoso. ¡Bendita bruja; Le daré un beso...

Como la vida misma

*When shall we three meet again
In thunder, lightning, or in rain?
Fair is foul, and foul is fair:
Hover through the fog and filthy air.*
(Coro de brujas: Macbeth, 1, 1)

--Lo siento. No quedan más entradas. Está el aforo completo.

--¿Cómo? ¡No puede ser! Llevo cinco horas de cola, bajo el viento, los truenos y la lluvia, esperando sin consuelo que escampe, y cuando por fin me toca el turno...

--Lo siento, de verdad. La señora rubia que acaba de entrar se llevó la última.

--¿Y no puede hacer una excepción? Aunque sea de pie, o colgado de una cortina, o disfrazado de acomodador...

--Imposible.

--Es que... ¿sabe? Alguien me ha comentado ciertas cosas de esta obra: El hilo argumental, anécdotas, sucesos representados, que me resultan extrañamente familiares... Y claro, la curiosidad que siento es muy grande. Le pago el doble.

--No aceptamos sobornos.

--El quíntuple.

--Mire: Si tanto interés tiene, se la cuento, más o menos: Es la historia de un tío que nace en un pueblo de Salamanca, estudia con los salesianos, hace la mili en Sidi Ifni, se casa con una rubia más o menos coqueta que hace teatro, ésta le es infiel con el acomodador, y...

--Justo. ¿En qué pueblo...?

--Villarromero de Tribulete. Allí su padre regentaba un prostíbulo en épocas de la República, reconvertido después en convento de clausura.

--¿Y su madre?

--Tenía dotes de adivinación que ejercía por módico precio, en el mismo convento.

--No puede ser. Mire, de mí no se va a reír ningún dramaturgo cantamañanas. Soy un ser anónimo, y sólo desde la voluntad de humillarme puede alguien escribir todo eso. Y sin pagar copyright. Dígame al menos cómo termina.

--Ah, no; eso no. Secreto profesional. Además, por lo que intuyo, sospecho que no le va a gustar.

--¡Déjeme entrar, por favor! ¡Pago cien veces el valor de la entrada!

--Hmm... Doscientas.

El hombre entró, sin hacer demasiado ruido. El patio de butacas parecía lleno de gente. Arriba, el escenario estaba vacío y gris.

Observando entre la multitud hierática, descubrió un asiento libre. Ah, no puede ser: Me dijo que estaba completo. Barruntando negros presagios, buscó con la vista una melena rubia, y nada.

Salió del recinto, y empezó a rebuscar entre los cortinajes, pesados y polvorientos. Al fin, detrás de terciopelos rojos con brocados de oro, encontró a la rubia con la camisa desabrochada y la falda recogida, aferrada en un abrazo compulsivo a la silueta oscura de un acomodador. Su repentina presencia, en lugar de afectarles, pareció enardecerles, y de las bocas se oía el hervor y la fruición.

Sacó la pistola y les encañonó: Pero era de utilería, y el disparo un petardillo de pólvora dulzona.

El otro, en cambio, desasiéndose de la mujer semidesnuda, se quitó la corbata negra y con ella estranguló al intruso hasta que los ojos le saltaron como aceitunas y la lengua se le encharcó en una baba verdosa y fétida.

El telón fue cayendo mientras atrecistas y funebreros retiraban el cadáver.

Los espectadores aplaudieron sin muchas ganas, y luego se alejaron por la calle lluviosa y oscurecida.

MARIBEL ORGÁZ

Peluquería

Abrí mi peluquería en un barrio obrero. Gente por todas partes y a todas horas. Un montón de locales comerciales, aceras estrechas y bloques de cuarenta pisos, cientos de inmigrantes. El mejor lugar para un negocio. ¿Quién ha dicho que el hacinamiento no es bueno?

A unos pasos de mi local, justo enfrente, alguien puso una valla no sé muy bien para qué, quizá en su día sirviera para algo. Luego pasó el tiempo y nadie se preocupó de arrancarla. Era un rectángulo de hierro, pequeño, perfecto para encaramarse a él. Allí empezaron a juntarse cuatro o cinco chicos con un radiocassette a toda marcha, bebían cerveza de litro y hacían el tonto. Un día me harté de que mis clientes se quejaran de los chicos. Salí y les pedí amable que se fueran.

-Venga, largaos a otro sitio. Dais mala imagen a mi negocio.

Se partieron de risa. Era la calle y podían estar allí. ¡Peluquero maricón!

Al día siguiente compré un bate de aluminio. Salí y di tal golpe a la valla que les tiritaron los culos un buen rato. Yo no era un peluquero mariquita.

¡Pero si soy marica los tengo bien puestos!- les grité furioso.

Problema resuelto. Lo siguiente fue ampliar mi clientela. Me di cuenta de que había que especializarse. Vivo de mi propio negocio, soy un hombre de ideas claras y si yo mismo no me resuelvo las cosas, las cosas no funcionan. Y si no funcionan, me quedo en el paro. No iba a estar un mes pensando cómo atraer gente nueva. Tenía que contentarme con la que hubiera. Y

si eso significaba más trabajo por el mismo dinero era mejor que poco trabajo y poco dinero. Yo peinaba a hombres y mujeres y en el barrio cada día había más extranjeros. Empecé a buzonear propaganda ofreciendo precios competitivos. Si eres sudamericano, precio especial. Alguien me comentó que lo mejor era hacer publicidad en las discotecas y bares en donde ellos se juntaban. Iba, me tomaba algo, bailaba un rato y pagaba al pinchadiscos para que hablara de mi peluquería. No decía más que tres frases: “Peluquería Ruiz. Calle Capitán número 8. Tu peluquería”. Aquello funcionaba y tuve que contratar un ayudante para los fines de semana. Seguía publicitándome. Iban a inaugurar una discoteca de música salsa. El primer fin de semana que estuvo abierta fui a anunciar mi peluquería. El pinchadiscos dijo sus frases y yo estaba bailando en la pista muy atento a mi publicidad.

-¿Has venido solo?- era una chica muy guapa, con unos dientes blanquísimos y un pelo largo precioso, negro muy brillante. Quizá fuera ecuatoriana o peruana.

-Soy el del anuncio-le dije sonriendo.

Estuvimos juntos todo el rato y yo estaba deseando bailar bien pegados.

-¿Haces mucho deporte?- le dije pasándole una mano por los muslos que al sentarse se traslucían fibrosos por sus pantalones pegados.

Le hizo gracia y sacudió coqueta la cabeza negándolo.

Tenía sed, así que la invité a un refresco que bebió casi de una vez. Volvimos a bailar.

La besé intensamente. Después me retiré un instante. Confuso. La miré a los ojos, sonreía muy tranquila. Se llevó la mano al cuello y se colocó el pañuelo.

La dejé allí en la pista y miré al grupo de amigas con el que había venido. Sentí ahogo y después, asco.

El lunes volví a mi negocio. Tuve mucho trabajo porque los lunes tenía un precio especial para los niños. En realidad, había que cobrarlos el doble. Creen que eres el médico por el uniforme, luego que la máquina de pelar les va a arrancar el cuero cabelludo; no se están quietos y algunos es imposible repararles la patilla sin llevarte la oreja. Y además hay que regalarles un caramelo para caerles simpático y que vuelvan.

A las siete cerré un momento y crucé la calle para comprarme una cerveza en el bar de la esquina. Al volver le vi, sí, porque era un hombre, no iba a engañarme, mirando a través de los cristales. Creo que pensé que era un mamarracho y me imaginé a mí mismo poniéndome aquellas ropas y diciendo que era una chica, paseándome por ahí con una melena y ligando en una discoteca con el ingenuo de turno. Enrojé de vergüenza.

-¿Te vas a cortar el pelo?

Se volvió sonriendo, confiado, con su cuello cubierto con un pañuelo azul celeste y amarillo, le favorecía.

-Vine a verte.

Le tendí la mano y su sonrisa se atenuó un poco. No fue capaz de estrechármela, miró un momento a lo lejos, por encima de mi hombro.

-Pasa, el lunes es un día especial. Lavo y peino de prueba. Si te gusta puedes volver.

Rió suavemente y me siguió, chachareando sin parar. Se fue directamente al lavabo y reclinó su cabeza cerrando los ojos. Abrí el agua, la probé en mi muñeca y admiré su cara, en verdad, hermosa.

-¿Usas algún champú especial?

ELENA PÉREZ

Yo soy un eucalipto, nací en un bosque muy frondoso y hermoso, tenía muchos amigos, ¡aunque no lo creas! el pino, el haya, ¡ah!...y mi buen amigo “el roble” y un suelo cubierto de helechos.

En una mañana luminosa, con un cielo azul y un sol radiante, salían de sus nidos las negras cornejas, me miraban y se alejaban volando. De nuevo aparecían, curiosas y juguetonas, se posaban en mis ramas y correteaban alrededor.

Era muy grande, de copa cónica, hojas pecioladas, oloroso, de color verde plateado donde, a los caminantes domingueros, les gustaba descansar. Me sentía muy orgulloso viendo a los niños y a sus padres, queriendo subir por mi tronco hacia las ramas. Yo sonreía viendo como se caían una y otra vez. Al final se apoyaban en mí rendidos por el esfuerzo.

Así transcurrían la primavera, el verano, el otoño y el invierno. Siempre estaba contento.

Pero una mañana, un ruido infernal irrumpió en la espesura. Todos estábamos asustados, había mucha gente. ¿Qué pasa? ¿Qué sucede? Hombres vestidos con monos de color azul, llevando pesadas motosierras, serrando y gritando:

-¡Abajo!

-¡Ahora, abajo!

Todos mis hermanos y con ellos yo, nos desplomamos sobre la tierra. Los gritos no cesaban:

-¡Abajo!

-¡Ahora, abajo!

¿Qué pasa? ¿Qué sucede? Que nos llevan a una fábrica para hacer de nosotros algo diferente. ¡No puede creerlo!... Pero así fue.

Nos subieron a unos camiones de gran tonelaje, y a toda marcha, fuimos a parar a unas naves con máquinas enormes, alguien nos empujaba hacia ellas. De allí salimos molidos y fuimos cayendo en un balde. Nos lavaron, vueltas y más vueltas. Salimos convertidos en pasta de papel.

Ahora, sólo me falta saber mi destino. ¿No seré?.. ¡No!, no quiero ni pensarlo, ¡papel higiénico! ¡Socorro! Pasar mis días limpiando “culitos, culotes”, no puede ser, no es posible que esto me pase. ¡Uf! ... menos mal me transformé en pliego de carta.

El cartero me entregó en un bufete, me colocaron en una bandeja. Un señor me cogió ... y no sé que podía decir el escrito, pero me estrujo entre sus manos, me arrugó hasta convertirme en una bola. Fui a parar a la papelería. Otro reciclaje, más movimiento, ¡qué mareo! ¡Vaya un porvenir que me espera!

Esta vez, entre limpieza y limpieza, rodar y rodar he salido hecho un colorín. Sirvo para envolver regalos. Con qué ilusión me recibían todos, qué alegría mostraban los niños al verme. Permanecer entero era una cuestión de segundos. En trocitos, mi fin, ir a parar al cubo de la basura.

Ya estoy loco de tanto ajeteo. La tercera vez... según dicen va la vencida. ¡Oh!, es maravilloso, soy un libro, un precioso libro con ilustraciones en color, un cuento...

LA BRUJA PIMENTÓN

La bruja pimentón que, con rabos de lagartijas y dientes de león, hace una pócima para el dolor de barriguita, a los niños les hacía mucha gracia, pero, preferían el dolor de la barriguita antes de probar la pócima de la bruja pimentón, me leían y a coro cantaban:

La bruja pimientita...

Ha hecho una pocimita...

Con rabos de lagartija...

Y dientes de león

Al final del cuento cuando Miguelito decía:

“mi pimienta...

“mi pimienta...

“que desaparezca la brujita.

-¡Bien! ¡Bien! decían los niños, dando palmas.

(Es que, la última página está en blanco)

¡Ha desaparecido la bruja!

Los niños, que tenían siete años, crecieron y me quedé en un estante de su alcoba, junto a otros, más, allí pasé varios años. Un día, que me recordó al primero, entró mamá Inés y dijo: “Aquí hay que hacer limpieza” ¡Abajo todo! Hay que dejar sitio para otros libros.

Así que fui a parar al contenedor de papel, otra vez a reciclarme, que mareo me da, sólo en pensar las vueltas que voy a dar...

¿Qué seré esta vez? ¡Eureka! ¡Eureka!, fui un diploma, que orgullo, estaba hecho un rollo, alrededor una cinta de seda verde.

Sentí unas manos que me entregaban a otras manos, tiraron de la cinta verde y aparecí con un escrito que todos leían, y daban enhorabuena, me cogieron con un cariño, me enmarcaron ¡yo tan estirado! Detrás de un cristal, me colgaron en la pared del salón “sigo colgado para muchos años” acabó mi ajetreo”.

“SOY FELIZ POR LO QUE HE SIDO Y LO QUE SOY”

Chivas de reserva.

La carretera torcía suavemente hacia la izquierda entrando en un valle largo y oscuro, silueteado por viejos álamos y algún que otro fresno, que plantaron en su día los propietarios de la granja de cerdos que prosperó en décadas pasadas y fue referencia obligada entre los trabajadores del entorno, que vieron como sus hijos fueron sustituyendo la granja por la fábrica de neumáticos, con mejores salarios y quizá más acorde a los tiempos actuales. La granja cerró hace algunos años y cuentan, que los propietarios se fueron a la ciudad tras el embargo bancario.

El vehículo azul marino avanzaba de manera desigual, tan pronto iba despacio como aceleraba al compás del entusiasmo del conductor que iba exultante, tras el nombramiento, que le había comunicado el Gerente de la empresa en la mañana de hoy, de Jefe de Recursos Humanos de la Factoría del Norte.

En nombre del Director de la fábrica, así como en el mío propio, pongo en su conocimiento que ha sido designado en este puesto de manera indefinida no sólo por su capacidad, sino, y sobre todo, por su honradez y dedicación al trabajo y fidelidad a la empresa que ha mostrado a lo largo de esos catorce años que lleva con nosotros. Al pasar a formar parte de esta familia que constituye la Dirección de la Empresa, le doy la bienvenida al mismo tiempo que mi más sincera enhorabuena.

Ya era hora, tengo cuarenta y cuatro años, y llevo esperando, esperando. ¿Esperando qué? Que sé yo. Pensaba que se lo iban a dar al primo ese del Presidente que metieron hace cinco o seis años por la puerta falsa, con el beneplácito de todo el mundo, hasta del Comité de Empresa.

De todos modos, ahora tengo que andar con cuidado, porque va a estar todo el mundo pendiente de mí, y más de uno se va a alegrar si me estrello. Así que, cuidado, que estos son

unos estrechos. Nada de darle al trago y menos aún andar jugando con esas chicas de Comercial.

Llevo todo el día de celebración, pero todavía me puedo acercar al chiringuito de Lucas y tomarme la penúltima, que me pilla de paso, y a partir de ahora, CHIVAS-12, que está mejor.

Estaba oscureciendo y no había dicho nada a mi mujer, pero eso iba a ser una sorpresa y además me había dejado el teléfono en la oficina, que estaba descargado de tanta felicitación.

La carretera seguía serpenteando por el valle, y a duras penas, se apreciaban algunos edificios; los públicos, como las Escuelas, la Iglesia o el Trinquete, junto a la carretera, y algunas casas encaramadas por las laderas, como si estuvieran colgadas de los riscos. Yo vivía, con mi familia, en una casa de la empresa, al final del valle, junto al monte comunal. Era un lugar hermoso, pero un poco alejado del mundanal ruido, y mis hijos tenían que subir cuatro kilómetros en bicicleta para ir a la escuela. Acaso fuera este el momento de considerar la posibilidad de irnos a vivir a algún sitio más próximo a la capital y buscar para los chicos un colegio más adecuado.

En estos pensamientos iba cuando llegué al bar de Lucas. Era uno de los dos bares que había en la zona y lugar obligado si querías tomar una copa antes de llegar a casa. Sólo estaba ocupada una mesa con unos que jugaban una partida, sin hacer caso a una televisión que, colgada de una pared, tronaba un informativo y, el dueño, que pasaba con desgana una sucia bayeta, en círculos, por un viejo y deslucido mostrador. Pedí una copa, y me la bebí, saboreándola con delectación, pensando en mi buena fortuna.

Cuando salí, dos copas después, un perro cojo que estaba a la puerta me ladró varias veces, como si estuviera asustado. Tomé la dirección de casa, pues ¡ya estaba bien! total, estaba a cinco minutos y aceleré con ganas, pero al torcer la calle, golpeé algo que venía en sentido contrario. Me pareció una bici y que alguien saltaba por los aires. Frené con violencia, pero algo me

hizo seguir adelante. Seguro que no ha sido nada. ¡Los dichosos críos!

Me paré un poco más adelante y pensé en dar la vuelta, pero estaba aterrorizado y no podía moverme. ¡Sabía que tenía que volver! ¡Sentía que tenía que volver! pero seguí adelante hasta perderme en la oscuridad de las callejas del pueblo. Estacioné junto a un almacén de carbón, que ya había cerrado, el sitio más oscuro que encontré, y apagué el coche.

Con este nombramiento, no pretendemos solamente mejorar su trayectoria personal y profesional, sino que pretendemos también incrementar la calidad del equipo directivo, mejorar su imagen y, por tanto, aumentar la capacidad de crecimiento de la empresa, así como su misión en el ámbito social.

No sé el tiempo que estuve allí. ¡Estaba abatido y temeroso! Había oído varias sirenas pero me sentía atenazado e incapaz de moverme. Cuando al fin conseguí arrancar el coche, me encaminé hacia mi casa. Iba temblando, con los nervios a flor de piel.

Observé que no había gente por la calle cuando me acerqué a casa; se me iba pasando el susto que había tenido y, una vez que metí el coche en el garaje, le di un vistazo, por si quedaba alguna señal del golpe. No parecía que quedaran marcas.

Me puse la chaqueta y, ya repuesto, entré en casa con ganas de comunicar la buena nueva. Me extrañó que no se oyera a nadie, ya que estaban en casa, a juzgar por las luces encendidas que se apreciaban desde la calle, llamé y nadie contestó, lo que me extrañó más aún, pero cerré la puerta y entré suponiendo que estarían en casa de algún vecino. No había hecho más que sentarme, cuando llamaron a la puerta. Era Ramón, el vecino de enfrente, antes de que yo dijera nada, me abrazó y me dio la terrible noticia: la familia estaba en el Hospital Provincial, pues mi hijo había sido atropellado por un desalmado cuando iba en la bicicleta. Parece ser que el que le atropelló no le había socorrido y había muerto desangrado.

Índice

Prólogo

<i>Quiterio Caballero Álvarez.....</i>	<i>3</i>
--	----------

Poemas

<i>José Aceituno.....</i>	<i>5-7</i>
<i>Marina Barrio.....</i>	<i>8-11</i>
<i>Quiteria Caballero.....</i>	<i>12-14</i>
<i>Xosé Luis Do Ferreiro.....</i>	<i>15-18</i>
<i>Eduardo Fernández.....</i>	<i>19-22</i>
<i>Rodrigo García-Quismondo.....</i>	<i>23-24</i>
<i>Lorenzo Martín.....</i>	<i>25-28</i>
<i>Diego Pedrosa.....</i>	<i>29-32</i>
<i>Antonio Tena.....</i>	<i>33-34</i>
<i>Juan Bautista Vega.....</i>	<i>35-39</i>
<i>Ana Vicioso.....</i>	<i>40-44</i>

Relatos

<i>Alejandro Casanova.....</i>	<i>46-49</i>
<i>Andrés Acosta.....</i>	<i>50-54</i>
<i>Elena Espiña.....</i>	<i>55-59</i>
<i>Ángela Guerrero.....</i>	<i>60-62</i>
<i>José Miguel González.....</i>	<i>63-66</i>
<i>Juan de Madrid.....</i>	<i>67-70</i>
<i>Germán Ojeda.....</i>	<i>71-72</i>
<i>Maribel Orgáz.....</i>	<i>73-76</i>
<i>Elena Pérez.....</i>	<i>77-79</i>
<i>M.H.Tuda.....</i>	<i>80-82</i>